



МАЗЕРА.

RECEIVED

FOR THE YEAR

1883

MAZEPPA.

POEMA

POR LORD BYRON.

traducido al castellano

POR A. R.



SEVILLA:

Imprenta de D. José Maria Atienza, calle
de las Serpes, número 5.

1851.

REVISED BY THE
COMMISSIONERS

FOR THE BOARD OF

REVISED

OF THE BOARD OF
THE COMMONS

1851

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

El poema de MAZEPPA por el ilustre escritor Lord Byron es una de aquellas producciones de un talento raro, de una espresion de fuego tan propia para eternizar la memoria de su autor con el pincel, como reproduciendo en todas lenguas el parto de su ingenio. Para tributar pues un recuerdo al cantor inglés y para que posea tambien la España en su lengua, una de sus mejores producciones, ofrezco al público esta version, al paso que verdadera historieta, si agrada nada mas tendrá que desear el traductor.

PROCEEDINGS OF THE
LEGISLATIVE ASSEMBLY

1952

1. The Government has announced that it will introduce a Bill to amend the law relating to the appointment of judges of the High Court and the Supreme Court. The Bill will provide that the President of India shall have the power to appoint and remove the judges of the High Court and the Supreme Court. The Bill will also provide that the President shall have the power to appoint and remove the judges of the High Court and the Supreme Court. The Bill will also provide that the President shall have the power to appoint and remove the judges of the High Court and the Supreme Court.

MAZEPPA.

CANTO I.

En las llanuras de Pultava, fué en donde
Carlos XII rey de Suecia abandonado de
la fortuna vió derrotado su ejército y dego-
llado en torno suyo á sus mas valientes sol-
dados. El poder y la gloria, tan incons-
tantes como los hombres que la ambicionan,
acompañaban al Zar victorioso y las mura-
llas de Moscou quedaron libres.

II.

Tal es la suerte de las batallas: herido, anegándose en su sangre y en la de los valientes que á millares se sacrificaron para proteger la fuga del monarca, atraviesa, huyendo Carlos los campos, y los rios. Ninguno de los suyos se treve á echarles en cara que la ambicion humilló su orgullo, ni aun en aquel momento en que la verdad podia hacerse oir libremente del poder.

Queda muerto el caballo de Carlos, dale el suyo Gieta y este va á morir hecho esclavo de los rusos. Por algunas horas soporta la fatiga este veloz y arrogante cuadrúpedo, pero rendido al fin por el cansancio, cae. Vese el rey obligado á reposar sobre la dura tierra sus fatigados miembros, en el centro de un bosque á cuyas profundas tinieblas solo dan un opaco resplandor los esparra-

mados fuegos de las avanzadas y los que sirven de faro á los enemigos que los cercan: ¿Son estos los lechos y laureles por los que se arman y degüellan las naciones?

Téiudese el monarca al pie de un árbol silvestre; conoce que le abandonan sus fuerzas á resultas del combate y del cansancio; dolorosas son sus heridas y entorpecidos sus miembros: la noche oscura y fria unida al ardor y agitacion que causa la fiebre, impiden que el sueño le conceda un alivio pasajero. Cárlos sin embargo, sufre con dignidad de un rey, su desgracia. En el cúmulo de sus males sabe sobreponerse á todos los dolores que padece é imponerles silencio, sabiendo ser tan dueño de si mismo como lo fué en otro tiempo de las naciones.

III.

Rodéanle sus generales ... Ah! no todos: un solo dia fatal ha diezmado horrorosamente su número, pero han perecido como valientes y como caballeros. Los que viven aun, tristes y taciturnos, se hallan tendidos en torno del monarca y junto á sus caballos; los peligros únicamente, hacen que en la desgracia sea el bruto compañero del hombre. Entre ellos Mazeppa, Hetman de Ukraina, (1) guerrero valiente á imperturbable, prepara un sitio donde poder descansar bajo una añosa encina: casi Mazeppa era tan anciano y robusto como aquella reina del bosque, y antes de echarse, á pesar de la postracion que le abrumaba despues de aquellos dias de trabajo y de fatiga el principe de los cosacos limpia su caballo, le acaricia pasándole la mano por las ancas y las

crines, afloja las cinchas y le quita el freno. Regocijase al verle comer la frondosa yerba, porque habia temido que sumamente fatigado el animal, rehusase un pasto humedecido por el rocío de la noche, pero aquel corcel era tan robusto como su amo y lo mismo que á el, le importaba muy poco comer demasiado frugalmente y dormir al descubierto. Veloz cual el viento, arrogante y dócil, obedecia á todos sus deseos; criado cual él de los tártaros reconocia la voz de su dueño aun entre otras mil y en las tinieblas de nebulosa noche hubiera seguido á su ginete como tímido cervatiilo.

Mazeppa procura luego por si mismo. Tiende su capa sobre la dura tierra, arrima la lanza al tronco de la encina, examina si se hallan en buen estado sus armas, si está cebada su escopeta, asegura el pedernal, y cuando [hubo por fin registrado la guarda y vaina de su sable, saca de la mochila un alimento frugal que ofrece al rey y sus compañeros por si quieren participar de su cena y todo con el mismo desenfado que hubiera podido hacer el mas elegante cortesano en un suu- tuoso banquete. Acepta Cárlos sonriéndose, para demostrarse aun alegre y superior á sus heridas y desgracias.

«Mazeppa, le dijo, si todos mis valientes é imperturbables guerreros, pretenden haberse podido igualar en las escaramuzas, en

las marchas forzadas, y á la cabeza de los forrageadores, debo decirte que despues de Alejandro no se ha visto en el universo una pareja mas bien avenida que tú y tu bucéfalo. Toda la gloria de los caballeros Escitas se desvanece ante la tuya, al verte galopar al traves de los campos y los rios.

«¡Maldiga Dios la escuela en que se me ha enseñado á montar á caballo! respondió Mazeppa.—¿Y por qué, repuso Cárlos, ya que en ella has adquirido tanta habilidad?»

Ah! dijo el hetman; esta es historia muy larga de contar y todavia debemos andar mas de una legua y sacudir mas de un sa-blazo, antes que nuestros caballos puedan pacer pacíficamente en las orillas del Boristena, á pesar de los enemigos que son diez por uno. Señor, voz necesitais descansar y yo quiero servir de centinela á vuestro acompañamiento.»

No, replicó el rey: quiero que me cuentes tu historia! ¿Quién sabe? tal vez me hará dormir ya que mis ojos no quieren.

V.

Muy bien! Señor, continuó Mazeppa, con esta esperanza procuraré recordarme de sesenta años atras. Tenia veinte años, si veinte años; Casimiro gobernaba la Polonia y habia seis años que habia yo sido admitido en el número de sus pages. Juan Casimiro era un monarca sabio y muy diferente de V. M., nunca peleaba, nunca conquistaba reinos para perderlos en seguida, y (sin contar con las reyertas de la dieta de Varsovia) reinaba tranquilamente. Sin embargo, no disfrutó siempre de sosiego: amaba á las musas y á las bellas; y unas y otras son tan crueles, que muchas veces hubiera deseado pelear en vez de estar con ellas; pero luego que se le habia pasado su mal humor, tomaba otra querida ó un libro nue-

vo. Complaciase en dar solemnes fiestas, todo Varsovia acudia para admirar la magnificencia de su corte, los ricos aderezos de las damas y los bordados vestidos de los cortesanos. Casimiro era el Salomon de Polonia, y como á tal le celebraban todos los poetas menos uno que como no se le habia señalado pension; compuso una sátira en la que se lisongeaba de no saber adular. En fin, en su corte solo se veian fiestas, corridas de caballos, y los cortesanos solo se ocupaban en hacer versos; hasta yo mismo me atreví un dia á versificar y á firmar mis elegias.

VI.

Habia un cierto conde Palatino de ilustre y antiguo nacimiento, rico como una mina de sal ó de plata (2) y tan arrogante, lo que no será difícil de creer, como si hubiera nacido del cerebro del Dios tonante. Era tan relevante su nobleza y posesia tan inmensas riquezas que muy pocos señores podian comparársele; pero tan en sumo grado se complacia en contemplar sus tesoros y ojear sus rancios pergaminos, que perdió la chaveta hasta el punto de creerse que todo su mérito procedia de sí mismo.

Su muger no era así: treinta años mas jóven que su marido, fatigábale cada dia mas y mas su petulante autoridad, y ademas de los deseos ocultos algun tiempo habia, de los temores, de algunas lágrimas derramadas al despedirse de la virtud y de uno

ó dos sueños agitados, las penetrantes miradas de los jóvenes de Varsovia, las serenatas y los bailes condujeron poco á poco, como acostumbra suceder, las dichas casualidades que acostumbran enternecer á las mas empedernidas damas; y su señoría el Palatino añadió á todos sus titulos el que segun se dice, sirve de pasaporte para el cielo. Muy particular es sin embargo, que los hombres que tienen mas, sean á los que mas disguste este.

VII.

En aquel tiempo, era yo un muy lindo page: bien se me puede permitir ahora que tengo sesenta años, decir que en la primavera de mi vida habia muy pocos hombres ya formados y jóvenes galanes, plebeyos ó nobles que pudiesen competir conmigo en el arte de agradar. Yo era vigoroso, joven, alegre, una cara muy diferente de la que me veis, era entonces tan graciosa como ahora huraña. Los años, los pesares y las fatigas de la guerra, han arrugado mi frente y endurecido mi alma: Ah! ¡aquellos que en otro tiempo me vieron cuán difícilmente me conocerian ahora! ¡Este cambio se ha verificado en mí mucho tiempo antes que la vejez se complaciese en marchitar y desfigurar mis facciones; porque si mi fuerza, mi valor y mi osadia

hubieran perdido su primer ardor, á buen seguro que á estas horas no relataria cuentos, bajo una encina sin otro techo que un cielo sin estrellas.

Empero, prosiguió, la hermosura de Teresa... me parece verla ahora pasar por delante de mi junto á aquel castaño; ¡tan presente está todavía su memoria en mi corazón!

Sin embargo, imposible me es hallar expresiones para pintaros su talle gracioso: sus ojos negros, propiedad de las asiáticas bellezas que la vecindad de Turquía concede á las polacas, lanzaban respirando amor una suave luz semejante á los primeros rayos de la luna nueva, lánguidas á la par que vivas, sus miradas recordaban aquellas de los santos mártires que al espirar en los tormentos levantan al cielo sus ojos arrobados como si les deleitase el morir. Comparo muchas veces su frente serena á la superficie de un cristalino lago dorado por los rayos del sol, cuyas olas no se atreven á hacer oír el menor murmullo y que el cielo se complace en mirarse en su cristal. El co-

lor de sus mejillas, sus labios de carmin...
¿Pero, qué mas? la amaba entonces, la amo
ahora, y en los corazones como el mio el
amor no conoce sino los extremos. Estos
corazones aman eternamente y la memoria
de lo pasado acompaña á Mazeppa hasta en
la vejez.

VIII.

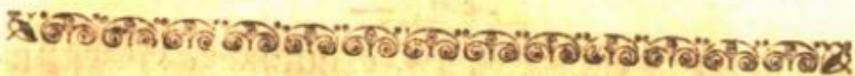
Vi á Teresa, suspiré, Teresa no habló, y sin embargo me respondió: hay mil gestos, mil miradas; las vemos, las entendemos, y no las podemos definir. Estas son las involuntarias emanaciones del pensamiento que fluyen de una alma enardecida de amor y las que establecen entre dos amantes una correspondencia singular y misteriosa; son los elabones de la ardiente cadena que reúne á su pesar á dos corazones jóvenes y que como el metal eléctrico, les sirve de conductor para comunicarse sus recíprocos fuegos.

La vi, suspiré... Yo lloraba lejos de ella mi amor, y mi timidez me impedía acercarme. Fuile en fin presentado y de cuando en cuando nos fué dado hablar sin des-

pertar sospechas. ¡Cuántas veces junto á ella me animó el deseo de confesarla mi tierno amor! Cuántas veces formé este proyecto! ¡Las palabras espiraban en mis trémulos lábios. Un dia finalmente... hay un juego sencillo que sirve para pasar el tiempo... no me acuerdo su nombre; pero Teresa y yo lo jugamos cierto dia no sé por que casualidad: poco se me daba el ganar ó el perder; pues el todo para mí era estar á su lado y ver y oír á la que tan tiernamente amaba. Yo observaba como cuidadoso centinela (¡ojalá que la nuestra vijile tanto esta noche!) Teresa está pensativa; olvida el juego, ya no la alegran ni afligen las varias mudanzas de fortuna y sin embargo continua jugando como si una voluntad secreta la obligase á permanecer allí mas que el deseo de vencer á su antagonista.

Un pensamiento cual un rayo de luz vino á ilustrar mi razon; creí leer en sus miradas que Teresa no me condenaria á la desesperacion, y de repente pero tartamudeando me declaré; mi poca elocuencia no me impidió el ser oído y esto basta: la muger que

escucha la vez primera, escuchará la segunda; su corazón no es de bronce y aunque dé la primera sentencia en contra sin temor se puede apelar de ella.


IX.

Yo amaba y era correspondido. Aseguran, señor, que vuestra magestad nunca ha saboreado estas dulces flaquezas; y si es cierto pasaré por alto la historia de mis penas y dichas, porque os parecería tan absurda como inútil, pero no todos los hombres han nacido para reinar sobre sus pasiones como vos sobre las vuestras y las de vuestros pueblos. Por lo que á mí toca, soy ó por mejor decir era un principe gefe de algunos miles de soldados que me era dado conducir ciegamente á los mayores peligros; pero jamas he podido lisonjearme de tener sobre mí el mismo imperio que ejercia sobre los demas.

¡Apreciable destino el de un amante correspondido! Ah! Tarde ó temprano se convierte su dicha en desgracia! Veia á

Teresa en secreto y mi impaciencia me hacia ver perezoso el tiempo que debia trascurrir de una cita á otra. Los dias y las noches no eran nada para mi, solo existia aquella en que la veia. Ah! no he conocido otra semejante y daria toda la Ukrania por una hora como aquella; daria toda mi gloria por ser todavia page; aquel page dichoso que solo reinaba en un corazon, que todos sus tesoros se contenian en su espada y en los dones de la naturaleza la juventud y la salud.

¡Qué hora tan misteriosa la de nuestras citas!

Dicen que el secreto es un doble atractivo, pero yo lo ignoro, porque habria dado mi vida para poder dar una sola vez á Teresa el nombre de esposa á la faz de la tierra y del cielo, y casi siempre me lamentaba de no poderla ver sino á escondidas.



X.

Mil miradas espian á los amantes: todos los ojos curiosos se fijan sobre nosotros, el diablo no debiera ser tan severo para con los amantes de tapadillo. El diablo!... siento el darle la culpa pues mejor debiera aensar á algun santo, que habiéndose enojado se complacia en descargar su cólera sobre nosotros. Una hermosa noche, algunos hombres pagados para espiarnos, nos sorprenden y se apoderan de mi persona.

El conde estaba furioso, yo sin armas! Pero aunque hubiese estado armado de pies á cabeza, qué hubiera podido hacer contra tantos? Estábamos cerca de su castillo, lejos de la ciudad y de todo socorro, y apenas empezaba á amanecer. «Este, me decia á mi mismo, es el últi-

mo sol que veré; esta mi última hora.» Mientras me conducian al castillo me recomendé á la santa virgen, invoqué dos ó tres santos y me resigné con mi suerte. Nunca he podido saber lo que fué de mi Teresa, porque despues de esto hemos vivido muy separados uno de otro. El conde Palatino como creereis fácilmente, no era muy tierno cuando estaba colérico; y en este caso hacia muy bien de no estar pacífico, y lo que sin embargo le daba mas pena, era el temor de que lo que acababa de suceder envileciese su posteridad. No podia persuadirse que semejante ultraje dejase de manchar sus cuarteles; y como se creia el mas noble de su familia y el primero de los hombres, se figuraba que todos debian tenerlo por tal y particularmente yo. «Por vida mia! Un pagecillo!» Un rey quizás lo hubiera conciliado con su mala ventura! Pero un page!..... Imposible es esplicar su furor, cuyos efectos esperimenté demasiado.

XI.

Que me traigan un caballo, esclamó, y al punto fué servido. Trajéronle á la verdad un noble cuadrúpedo, nacido en las selvas de la Ukrania, y cuyos miembros al parecer estaban dotados de toda la vivacidad del pensamiento, pero erá tan feroz é indómito como el gamo de los bosques; solo habia veinte y cuatro horas que habia sido cogido y no habia jamás probado ni la rienda ni el freno. Condujeron á este hijo del desierto á donde yo estaba á pesar de resistirse fieramente; erizadas sus crines, cubierto de espuma, causaba terror. Los que pagaba el conde me dejaron encueros, atáronme fuertemente sobre sus lomos y sacudiendo por

fin un terrible latigazo al animal, le dejaron partir libremente... Volamos, y la rapidez é impetuosidad de los torrentes no igualaba la nuestra.



XII.

Volábamos, faltábame casi la respiración. Reía el alba y no veía hacia donde se encaminaba el cuadrúpedo. Los últimos acentos humanos que llegaron á mis oídos fueron los denuestos de mis enemigos, de quienes me alejaba rápidamente. El viento llevaba sin embargo á mis oídos los gritos de su júbilo y sus feroces carcajadas. En un exceso de furor, hice un esfuerzo para volver la cabeza, rompí la cuerda que sujetaba mi cuello á las crines del animal, y medio incorporado les maldije; pero con el resonante galope de mi caballo, no debieron de oírme ó quizás no me escucharon. Lo siento, porque hubiera querido pagarles con la misma moneda sus infames ultrages. Verdad es que pasados algunos años no dejaron de pa-

gármelos caros, puesto que de su castillo, de su puente levadizo y de sus fortificaciones, no quedó siquiera ni una piedra, ni un foso, ni una barrera. En los campos del conde no quedó la mas menuda yerba esceptuándose la que crece en las grietas del muro donde estaba colocada la piedra del hogar. Mil veces se pasará por allí sin que pueda creerse que allí existió una fortaleza. He visto arder sus torres y desplomarse con estrépito sus humeantes almenas; he visto manar cual lluvia el plomo derretido, desde los tejados del edificio consumidos ya y ennegrecidos y cuyo espesor no logró libertarlos de mi venganza. Cuan lejos estaban todos aquellos miserables, de pensar al tiempo de mi suplicio que algun dia me volverian á ver, al frente de diez mil caballos, para agradecer al conde el viaje, que me precisó á hacer, cuando lanzándome con la velocidad de un relámpago me quiso enviar á saborear los horrores de la muerte.

Tuvieron la crueldad de divertirse conmigo atándome á los lomos de un fogoso

caballo que me daban por guia: disfruté tambien á mi vez del placer de la venganza, porque el tiempo todo lo facilita y solo es menester acechar el momento favorable; ningun poder humano es capaz de evadirse de los continuos desvelos y de la constante paciencia de un enemigo irreconciliable que conserva como el mas rico tesoro la memoria de sus agravios.

XIII.

El caballo y yo con la rapidez del viento dejábamos atrás las habitaciones de los hombres y cual los fugaces meteoros que brillan y desaparecen, cual relámpago en noche de tinieblas, cortábamos el aire. Ninguna población se nos ponía al paso, por do quier nos circundaba la misma llanura, rodeada esta de un inmenso bosque y á no ser por las almenas de algunas fortalezas levantadas en otro tiempo para defenderse de los tártaros, ninguna señal nos hubiera anunciado la presencia del hombre. Un año antes, un ejército otomano había pasado por aquel sitio y todo el terreno pisoteado por los caballos de los Espays, quedaba árido por la sangre que lo empapaba; manifestábase el cielo

sombrio y pardo; dejaba oír el viento sus tristes gemidos y yo le hubiera correspondido con un suspiro á permitírmelo la rapidez de la corrida que no me dejaba ni siquiera suspirar; gotas de un helado sudor inundaban las relucientes crines de mi caballo que redoblaba su velocidad y cuyas narices se henchían de cólera y temor. Creía de cuando en cuando que disminuiría la velocidad de mi carrera; pero cá; érale mi cuerpo muy liviano peso para sus fornidos lomos, y mas bien le escitaba cual hubiera podido hacer una espuela. Cuantos movimientos hacia para libertar mis entumecidos y doloridos miembros acrecentaba su miedo y su furor. Pretendía sin embargo tranquilizarle por medio de la voz; teníala ya muy débil y sin embargo le hacía temblar cual si fuera un latigazo; á cada vez mia hacia mil corbetas cual pudiera hacer al oír el sonido del belicoso clarín. Manaba entretanto sangre de mis ataduras empapándose en ella mis miembros y ardiente sed devoraba mi garganta.



XIV.

Llegamos á la entrada del bosque; tan estenso era que por ninguna parte me era posible descubrir sus límites. Elevábanse á uno y otro lado árboles tan viejos como los siglos, y sus inmóviles troncos no hubieran jamás cedido á la violencia de los vientos, que furiosos braman en los desiertos de Siberia y que desolan cuanto se les interpone al paso; algo distantes estaban uno de otro, y los tiernos renuevos, espesos y frondosos, llenaban los vacíos que dejaban los troncos centenarios. Adornaba estos arbolitos todo el lujo de la primavera; no habían llegado aun las noches del otoño, que matizan la tierra de hojas coloreadas de un rojo deslucido, cual el color de la sangre del cadáver de un guerrero que queda muerto en el campo del honor y que

una helada noche del invierno, estendiendo la escarcha sobre su insepulta cabeza, la ha helado y endurecido de tal suerte que los buitres intentarían en vano devorarla. Era este un vasto soto en el centro del cual de cuando en cuando se dejaba ver el sombrío castaño, la robusta encina y el pino piramidal. Harto feliz fui en que estuviesen bastante distantes unos de otros, pues de este modo sus ramas permitían un paso fácil, sin desgarrar mis miembros. Aun me era dado soportar el dolor de mis miradas, cerradas ya por el frío y de tal suerte estaba atado que no debía temer el caerme. Cual si un torbellino nos llevara, atravesamos dejando á nuestra espalda el bosque, los árboles y los lobos que oía correr tras de nosotros. Perseguíannos á manadas con aquel infatigable trote que casi siempre causa la fiereza de los perros y el ardor de los cazadores. No nos abandonaron ni aun al salir el sol; vilos ya muy cercanos cuando el día empezaba á iluminar el bosque y durante toda la noche había oído sus ligeras patas inmediatas á alcanzarnos. Ah! ¡ya

que debia morir hubiera deseado tener una espada y una lanza, y armado de esta suerte pelear contra aquellos fieros enemigos y perecer aniquilando algunos! Cuando el caballo emprendió su marcha, deseaba llegar al término de su carrera y entónces desconfié de su fuerza y celeridad. ¡Vana desconfianza! Era montaráz, tan ágil como el gamo de las montañas y su corrida era tan ligera como la nieve que blanquea los umbrales de la puerta de un labrador á quien aprisiona en su choza. Siempre mas ardoroso y asustado, estaba mas furioso aun que un niño á quien niegan lo que desea y mas enojado que una mujer caprichosa á quien el despecho saca de sí.


XV.

Acabamos de atravesar el bosque; estaba el sol en la mitad de su carrera, pero á pesar de estar en el mes de junio, era frio el aire. Puede que así me pareciese por haberseme helado la sangre en mis venas. Largos dolores hacen sucumbir al hombre mas intrépido, no era entónces lo que en el dia parezco; tan impetuoso como un torrente en el invierno, no se habian todavía desarrollado mis sentimientos pero se manifestaban en mi exterior. La rabia, el terror, los dolores de mis miembros magullados, el frio, el hambre, la vergüenza y desesperacion de verme encue-
ros sobre un caballo indómito ¿no era bastante para oprimir mi aniquilado cuerpo? ¿hubiérase estrañado que sucumbiera por un momento al peso de tantos males? Añádase

á esto que descendia yo de una familia, cuyo furor igualaba al de una serpiente al sentirse pisada por un pié temerario.

Huia al parecer la tierra, y la bóveda celeste daba vueltas en torno mio. A cada momento pensaba caer; ah! demasiado bien apretadas estaban mis ataduras. Tenia el corazon oprimido; desvanecida la cabeza, y las venas de mi frente ó se movian con rápidez ó quedaban estáticas. Rodaban, segun mi vista, los cielos; y parecíanme los árboles hombres embriagados. Un repentino desmayo me privó de la luz del dia. No es tan cruel la agonía que causa la muerte como la que sentia yo entónces; en mis crueles angustias veia aumentarse las tinieblas y luego disiparse para ofuscar de nuevo mi vista: en vano intentaba de nuevo ver la luz y sacar de su letargo á mis entumecidos miembros; asemejábame del todo á un infeliz náufrago colocado sobre una débil tabla levantada y cubierta al mismo tiempo por las olas, empujándola hácia una playa desierta. Mi vida era de tan corta duracion como la de aquellos relámpagos

imaginarios que de repente deslumbran nuestros ojos cerrados cuando estamos en la mas profunda oscuridad ó en los primeros sintomas de ardiente calentura; parecia haberse amortiguado mis dolores, pero sentia en mí una confusa turbacion mas insoportable aun que el dolor mismo. Debo confesarlo, temia volverla á experimentar cuando abandonase el alma á mi cuerpo. Creo sin embargo que quizá deberé aun pasar mas crueles pruebas antes de que me vea reducido á polvo, pero qué importa, he esperado siempre tranquilo la muerte y jamás me hará temblar.

XVI.

De repente recobro el conocimiento: ¿Dónde estoy? Siento ya la impresion del frio pero no dejo de estar siempre atur- dido y entumecido; á cada latido de mi corazon la vida reanima gradualmente mis miembros, hasta que una zozobra repen- tina me produzca una nueva convulsion y vuelva á encerrar en mi pecho la san- gre espesa y helada. Sonidos espantosos resuenan en mis oidos, oscurécese mi vista y solo me parece entreveer los objetos al traves de un fúnebre velo: paréceme oir las olas azotar una rivera, y percibo tam- bien un cielo sembrado de estrellas. No era esto un sueño: vadea el caballo un rápido rio cuyas aguas se estienden so- bre un ancho lecho, estábamos en medio y dirijióse el caballo hácia una orilla des-

conocida y solitaria. El contacto del agua pone término á mis amortiguados dolores y mis miembros entumecidos adquieren en las aguas de este benéfico rio una fuerza pasagera. Pugna valerosamente mi cuadrúpedo contra las olas que vanamente se estrellan contra sus anchos pechos. Abordamos á la resbaladiza orilla cuyo puerto de salvacion aprecié muy poco, porque si á mis espaldas todo era sombrío y espantoso, enfrente solo se veia tinieblas y terror. ¿Cuántas horas pasé del dia y de la noche suspenso de esta suerte entre la muerte y la vida? Imposible me es decirlo, pues apenas podia distinguir entre una y otra.

XVII.

Procura el caballo salvar la orilla que parece rechazarle; relucian todos sus pelos y crines manando agua; tiémblanle sus miembros, arrojan humo espeso sus hijares, y sin embargo no tiene fuerzas para saltar á la opuesta orilla. Una llanura inmensa se estiende á lo lejos por entre las sombras de la noche, imposible es á la vista medir su estension parecida solo á los horrorosos precipicios que solo un pesado sueño nos puede representar. La luna que brillaba á mi derecha me dejaba traslucir á una y otra parte algunos espacios como blanquecinos y algunos céspedes separados en montones confundidos entre sí en un desierto sombrío. Pero nada distintamente podia descubrir que señalase la mas pequeña choza, ni el menor res-

plandor vacilante y lejano de alguna luz que me infundiese la esperanza de poder hallar hospitalidad, ni tampoco un fuego fátuo que se burlase de mi dolor. Ah! su falaz claridad me hubiera hecho conocer no estaban lejanas las habitaciones de los hombres.



XVIII.

Empezaban sin embargo á agotarse las fuerzas del caballo, era ya lenta su marcha y flaquábanle sus ateridas piernas: un niño hubiera tenido entonces suficientes fuerzas para domarle. Ah! ¿Qué se me daba que hubiese perdido su fogosidad mi caballo? No dejaba por eso de estar sujeto con mis ataduras y aunque hubiese tenido en libertad mis miembros todavía me habria visto mas débil que él. Sin embargo quise probar algunos esfuerzos para romper las cuerdas que me sujetaban y solo logré apretar mas las lazadas y hacer mas insoportable mi dolor, pero tocaba ya al fin de tan penosa carrera. Algunos rayos de luz que atravesaban enrojecidas nubes anunciaban la salida del sol. ¡Qué lenta me pareció su ve-

nida! Pensaba que jamás seguiria el dia à la claridad que tan poco à poco iba dissipando las sombras de la noche. Cuánto acusaba la pereza de este luminoso planeta mientras que se teñia el horizonte de púrpura y que iban desapareciendo las estrellas al aproximarse el radiante Apolo, deseoso de recorrer sin competidor el celeste camino!

XIX.

Dejóse ver por fin en el horizonte y todos aquellos vapores que reinaban en aquel vasto desierto se aniquilaron á su vista. Ah! ¿Qué me importaba entonces atravesar una inmensa llanura, vadear un caudaloso rio ó internarme en un frondoso bosque? Ninguna huella humana ni pisada de animal se veía impresa sobre aquella desierta tierra; hasta el aire era en ella solitario y mudo. Ningun insecto zumbaba, ningun pájaro anunciaba la venida del día. El cuadrúpedo jadeando como si fuese á espirar recorrió aun algunas millas y en todas partes reinaba la misma soledad y el mismo silencio. Parecióme por fin oír un relincho salir de un bosquecillo de pinos. Dudé por un momento si acaso sería el viento que bramaba chocando con

las ramas de los árboles; pero no; veo acudir una caballada, se avanza y forma un numeroso escuadron. Quise gritar; pero mis labios estaban mudos. Galopan los caballos hácia nosotros con arrogancia; pero qué manos guian sus riendas? Ved mil caballos sin un solo jinete; ondea su cola á á merced de los vientos, ninguna mano ha tocado nunca sus soberbias crines, sus bocas jamás han mordido el freno y nunca el bocado las ha enrojecido en sangre; sus piés no han conocido herraduras, ni menos herido su hijares la espuela ni el látigo. Son mil caballos tan libres como las olas que se levantan en el vasto Océano y resuena la tierra bajo sus veloces piés cual el eco de los truenos. Acuden á nuestro encuentro, y su proximidad presta alguna agilidad á las can-adas piernas del que me conduce; parece dispuesto á brincar de gozo; contéstales con un débil relincho y cae. Todavía palpita algunos instantes, pero la pupila de sus ojos está empañada y fria: queda inmóvil y su primera carrera es tambien la última. Muere.

XX.

Sin embargo, sus hermanos hijos del desierto se acercaron y recibieron su último suspiro. Al parecer todos aquellos animales veían admirados á un hombre sobre su compañero atado con sangrientos nudos. Se detienen... tiemblan... respiran con pesadez, galopan á uno y otro lado por algunos momentos, se aproximan otra vez, vuelven á retirarse y dan repetidas vueltas por todas partes. Guiados de repente por el que parecía el patriarca de la caballada y cuya piel negra como el ébano no estaba salpicada con ninguna mancha blanca, brincaron, se separaron despidiendo espuma por las narices y se alejaron huyendo al bosque, sin duda porque el instinto les decía que todo lo debían temer del hombre.

Me abandonan á mi desesperacion, siempre atado al cadáver del infortunado animal: ah! á lo menos no sentia ya el peso que habia causado su muerte y de que tan inútilmente quise desembarazarle. Entrambos quedamos inmóviles sobre la tierra, el moribundo sobre el que habia ya dejado de existir: pues yo no creia que sin abrigo y sin otro apoyo que un cadáver fuese posible que mis ojos se abriesen á nueva aurora.

Desde la mañana hasta el anochecer continué en tan triste situación contando con dolor las horas que transcurrían, quedábame únicamente la vida necesaria para ver eclipsarse el último sol que debía alumbrarme. Existía en aquella cruel certidumbre que nos presta una especie de resignación contra el último y más cruel de todos los temores, cuando por la edad vemos que es inevitable y que en algún modo hacen de ella una especie de beneficio, que aunque venga un poco más tarde no nos es por eso menos grato; sin embargo lo tememos y lo procuramos evitar con tanto cuidado como si fuera una celada de que pudiera libertarnos la prudencia. Muchas veces lo apetecemos é imploramos y aun algunas lo buscamos con la punta de nuestra espada; pe-

ro no por eso deja de ser la muerte un fin triste y horroroso á causa de los insoportables males que la acompañan, y nunca es bien recibida venga como viniere.



XXII.

Muy extraño es lo que pueden llamarse hijos mimados del placer, quiero decir, aquellos que han disfrutado con exceso de los deleites de la mesa, de los vinos deliciosos y de todas las comodidades que presta la riqueza, es muy extraño, repito, que todos estos se despidan de la vida con tranquilidad y sin disgusto, y por lo comun con mas sosiego que aquellos que todo su patrimonio lo forma la miseria. El mortal favorecido de la fortuna que ha disfrutado ya de cuanto la tierra posee de mas hermoso y delicioso, nada tiene ya que desear ni nada que echar menos. Solo la incertidumbre del porvenir podria afligirle, pero el hombre raras veces considera el porvenir con arreglo á su conciencia, y bien lo mira segun lo que le permite raciocinar la com-

posicion de sus órganos. El desgraciado siempre espera que finalicen sus males y la muerte que debiera recibir como una amiga, es solo á sus ojos un enemigo celoso que viene á arrebatarse los frutos del nuevo paraíso que esperaba disfrutar en este suelo. Quizás el dia de mañana hubiera sido el que aliviase sus dolores y le sacase de su miseria; quizás hubiera sido el último dia que habria dejado de maldecir y el primero de otros nuevos años cuyo brillante resplandor hubiera disipado las opacas nubes que le rodeaban: recompensándole de tanto tiempo consumido en lamentos, el dia de mañana le hubiera concedido el poder de gobernar, de alucinar, de castigar ó de perdonar á sus enemigos ¡es posible que tan brillante dia sirva solo para celebrar sus funerales!

XXIII.

Iba á ponerse el sol y no me quedaba esperanza de verme libre condenado á mezclar mis cenizas con las del frio cadáver al que me veia unido: mis anublados ojos necesitaban cerrarse para siempre. Dirigia mis últimas miradas al cielo é interpuesto entre el sol, yo vi un ansioso cuervo que impaciente esperaba hubiese dejado de existir como mi caballo, para empezar á devorarme. Giraba sobre nosotros, descansaba á poca distancia y volvía de nuevo á revolotear junto á nuestras cabezas: á la luz del crepúsculo veia estenderse sus alas sobre mi frente y acercárseme tanto que hubiera podido pegarle con ella, á tener bastantes fuerzas para moverla, pero el corto movimiento de mi mano, la arena débilmente removida, y por fin los gemidos de un moribun-

do que con esfuerzo despedía mi garganta, en nada semejantes á la voz humana, este conjunto bastó para asustarle y hacerle permanecer á alguna distancia.

Ignoro lo que despues sucedió: mi último sueño únicamente me representa en confuso recuerdo haber observado mis ojos una brillante estrella que se dirigia á mí como una luz trémula y suave. Aun me acuerdo de la sensacion, helada, penosa y confusa que sentí al recobrar mis sentidos, del mortal sosiego que á esta se siguió, del ligero y suave soplo que luego me reanimó, de un breve instante de alivio, de un peso frio que oprimió mi corazon y de algunas ráfagas de luz que brillaron en mis ojos: penosa y dolorosa respiracion, palpitation acelerada, un repentino temblor, un gemido y nada mas.

XXIV.

Me despierto... ¿donde estoy? ¿es en realidad un rostro humano el que se ofrece á mi vista?... ¿Es un techo el que me cubre y protege?... ¿es una cama el lugar en donde reposan mis miembros? ¿me encuentro yo en algun aposento?... ¿Los ojos que con tan dulce cariño me observan, son los ojos de un mortal? Cierro mis párpados, en duda aun del lugar en que me encontraba é ignorando si habia ya finalizado enteramente mi última agonía.

Una jóven con los cabellos sueltos y con figura afectuosa me estaba contemplando apoyada contra la pared de su cabaña. Al momento de recobrar mis sentidos, admiróme ya la hermosura de sus ojos vivos y negros á la par que esquivos, que con-

tinuamente tenia fijos sobre los míos. Fijéle tambien los míos á mi vez para convenirme de que ya no soñaba, para asegurarme de que no se habia aun terminado mi existencia, y estar cierto de que no habia sido pasto de los buitres. Sonrióse la jóven cosaca al verme abrir mis fatigados párpados, quise hablarla pero mi boca se negó á ello. Acercóseme, y puesto un dedo encima de los lábios me quiso indicar con esto que no debia aun intentar romper el silencio, y que debia esperar, que á proporcion de irse restableciendo mis fuerzas, permitiesen un libre paso á mi voz; colocó en seguida sus manos sobre las mías, levantó la almohada sobre la que reposaba mi cabeza, se alejó andando de puntillas, abrió suavemente la puerta del aposento, y pronunció á media voz algunas palabras. Parecióme no haber oido jamás tan deliciosa música y hasta el leve ruido que movian sus ligeras pisadas, tenia algo de armonioso.

Aquellos á quienes llamó no contestaron. Salió entonces enteramente del apo-

sento, pero antes volvió á dirigirme otra mirada, y me hizo otra seña, que todo estaba allí á mi disposicion, que no iba muy lejos y no tardaria mucho en volver.

Cuánto sentí al no verla el haberme quedado solo.



XXV.

Volvió á poco con su padre y madre... Pero qué podré añadir á lo ya dicho? No cansaré vuestra atencion, relatándoos difusamente mis largas aventuras entre los cosacos. Encontráronme sin movimiento en el campo, trasportáronme á la mas inmediata choza y volvieron á la vida á aquel que un dia debia ser su rey.

De esta suerte, el insensato que para hacer mas terrible mi suplicio, para mejor saborearse en su cruel venganza; me envió al desierto agarrotado, desnudo y sangriento, sin pensar que allí me esperaba un trono... ¿Qué mortal puede adivinar su suerte futura?... Cerremos nuestros pechos á inútil desesperacion! Aún mañana puede el Boristena ver beber tranquilamente sus cristalinas aguas á nuestros caballos

sobre la orilla otomana... Nunca con mayor placer habré agradecido al eterno que cuando las aguas del Boristena servirán de barrera á nuestros enemigos. «Camaradas, buenas noches!»

El hetman se recostó bajo la encina, sobre una cama de hojas que se habia preparado, y esta cama no era dura ni nueva para él: poco le importaba el lugar ni la hora en que le cojia el sueño. Duerme... Si os admirais de que Cárlos se olvidase de darle gracias por su relacion: no lo debió de estrañar Mazeppa, pues segun se dice habia ya mas de una hora que el rey dormia.

NOTAS DE MAZEPPA.

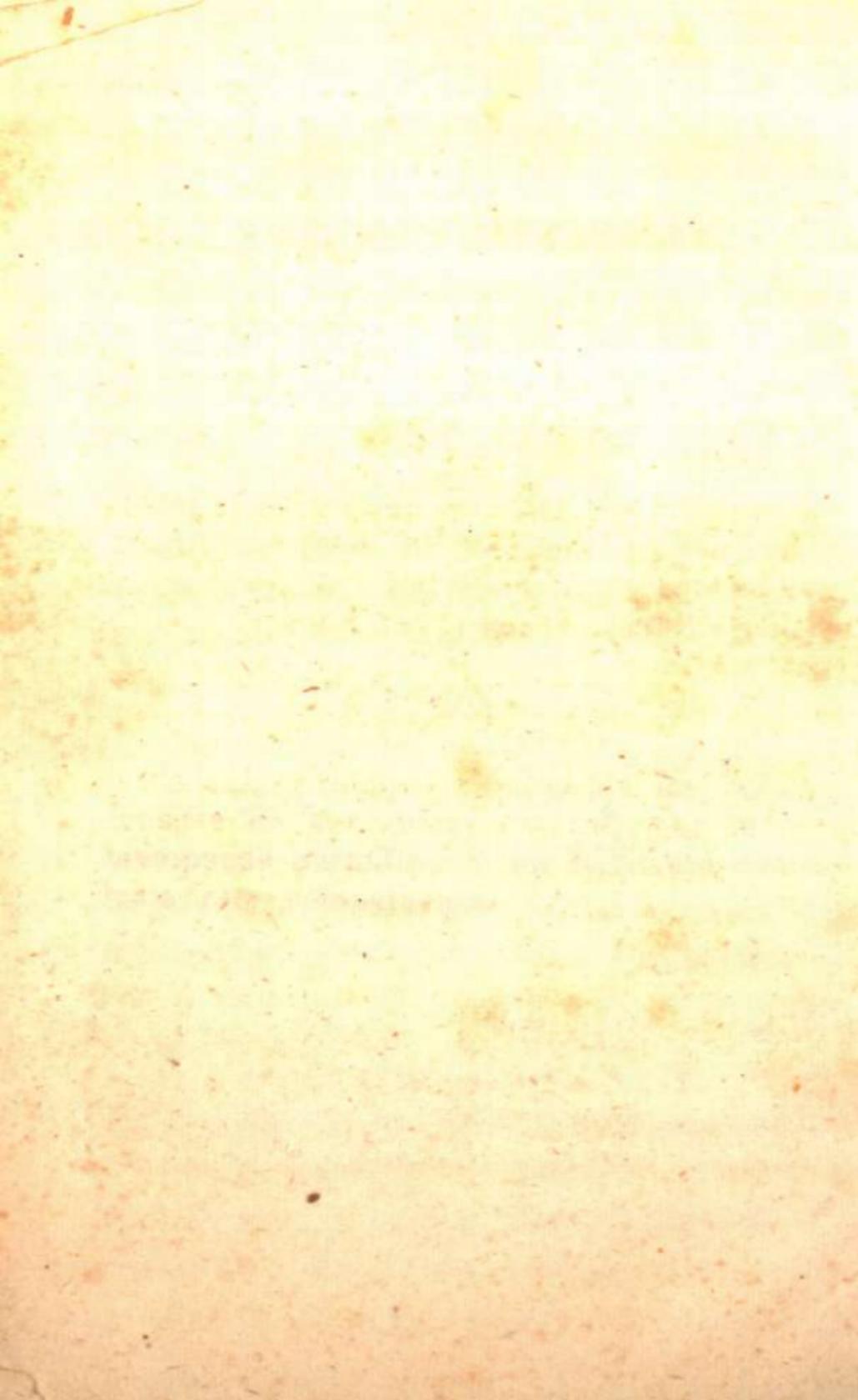
NOTA 1.^a

Hetman ó príncipe de Ucrania lo fué nombrado por Cárlos XII, un hidalgo polaco llamado Mazeppa natural del palatinado de Podolia, que habia sido page de Juan Casimiro.

2.^a

Toda la principal riqueza de los polacos consiste en sus minas de sal, por lo que bien puede permitirse á un habitante de Polonia esta comparacion.





3.500

2 obres (3 tomes)

↳ 1 volume

— AN

— LVI

— SXIX

